

Enseñar religiones (en plural) en España: dos intentos truncados

Publicado en A. Enrique Carretero Pasin y Juan Romay Coca (eds.) *Sociologías en los márgenes. Libro Homenaje a Juan Luís Pintos de Cea-Naharro*, Huelva, Hergué editorial, 2009, 63-70

c) Francisco Díez de Velasco. Universidad de La Laguna. Instituto de Ciencias Políticas y Sociales.

Conocí a Juan Luis en Santiago de Compostela, el año que tuve la suerte de poder trabajar en esa universidad. Hablo del curso académico 1989-1990.

Me había rescatado José Carlos Bermejo del aciago destino del becario y me había ofrecido una ayudantía, así que era flamante “axudante LRU” como rezaba en mi credencial (que todavía hoy inaugura la carpeta de documentación justificativa de mi curriculum). Significaba algo de seguridad tras siete años de becas, y también la posibilidad de pasar de ese umbral apestado que separaba, tras la idoneización de legiones que había colapsado muchos departamentos, a los que estaban dentro (ayudantes incluidos) de los que pululaban en posición liminal hasta que, ahítos de incertidumbre, se desvanecían en otras ocupaciones, cansados de entretenerse de beca en beca (y yo había tenido cuatro, una en Atenas, del gobierno griego, otra en la Complutense, durante cuatro años para hacer la tesis, otra en París, ya postdoctoral –de las llamadas entonces MEC-MRS- y una recién conseguida de reincorporación de doctores y tecnólogos de nuevo en la Complutense).

Decir que Bermejo me rescató (me atrevería a decir incluso que me redimió) significa también evidenciar que no soy sociólogo, sino historiador y que por tanto mi relación con Juan Luís no es ni discipular ni disciplinar. Pero, por suerte para mí, también significó que, a pesar de nuestra diferencia de edad y condición, (yo recién doctorado y él un referente en la universidad) desde el principio pudimos tratarnos como amigos (y así lo hicimos), con esa tranquila cercanía que en la universidad se cimienta en que el otro nunca estará en un tribunal en la posición en la que tienes que lanzar tu mirada hacia arriba para atisbarlo (y siempre puedes temer su participación en esos actos que preside la innata violencia simbólica que deriva de toda preeminencia, incluida la académica).

Nos tratamos desde el principio, además de como amigos, con mutuo respeto, no solo por la naturaleza afable y abierta de Juan Luís, por todos bien conocida, sino quizá también por compartir el apego a un común desatino que nos llevaba a ser catalogados en alguna medida como parias disciplinares (y en este punto añadiría también a José Carlos Bermejo que fue quien nos presentó). Hacíamos algo que no interesaba a casi nadie e incluso repugnaba a no pocos: nos dedicábamos a estudiar religiones. Éramos unos perdidos y hallamos fácilmente una senda común en medio de ese desierto de lo real, cimentada por la afinidad de gustos intelectuales que muchas veces denotan mayores cercanías.

Juan Luís había trabajado en temas de sociología de las religiones desde hacía décadas (una vez me contó que incluso su primera dedicación investigadora había derivado por estos derroteros). En mi caso me había picado, desde estudiante, la fiebre de la Historia de las Religiones, y me había formado en el único lugar de la universidad pública española en que se podía en aquel entonces estudiar este asunto (aunque fuera solamente una asignatura titulada genéricamente Historia de las Religiones): en la Complutense y en la especialidad de Historia Antigua (donde una serie de circunstancias habían terminado arrinconado lo que en su momento tuvo los visos de haber llegado a ser una floreciente disciplina en manos del que fue su efímero catedrático, Ángel Álvarez de Miranda¹).

1 Se pueden revisar algunas de esas circunstancias en Francisco Díez de Velasco, *Ángel Álvarez de Miranda, historiador de la religiones*, Madrid, ediciones del Orto, 2007 y “Ángel Álvarez de

Era esta vocación, además, la me había asociado a José Carlos Bermejo, que por aquel entonces había solicitado la dotación de una cátedra de Historia de las Religiones en Santiago y había ideado un programa de trabajo muy sólido en esas materias (que incluía a investigadores en formación como era mi caso). La ceguera (e ignorancia) de los responsables del Ministerio de Educación de la época estimaron innecesaria la cátedra solicitada argumentando que la disciplina no tenía interés en España, en un alarde de pensamientos fuertes (en pleno fragor de la postmodernidad) que me figuro debieron de ser productos de una destilación del atañor del rancio anticlericalismo de algún asesor de mientes entumecidas. Pensemos que existían cátedras con esa denominación en todo nuestro entorno (europeo, no del arco meridional del Mediterráneo) e incluso las había hasta en la "republicana" Francia, modelo para tantos "jacobinos"; pero esta vez el ejemplo de la patria de la "laicité" no sirvió frente a ese casticismo carpetovetónico que no parece distinguir (y en ocasiones todavía no lo hace) teología (en singular) de enfoques no confesionales del estudio de las religiones (en plural). Justamente fue este el tema que nos unió a los tres, Juan Luís, José Carlos y el que éste escribe. Se avanzaba por entonces la reforma de las enseñanzas medias y propusimos al Ministerio de Educación que se incluyesen en el currículo materias formativas sobre religiones desde un punto de vista no confesional, con un enfoque centrado en la historia y el presente de las religiones en el mundo y en España. Trabajamos en ello durante meses, y tras una reunión con los responsables de la reforma en Madrid en que parece que nuestro proyecto interesó, produjimos a comienzos de 1991 unos materiales que aunaban la perspectiva de los dos historiadores del equipo pero también la perspicacia del sociólogo, Juan Luís, y su olfato para enfocar lo esencial y no olvidar que las referencias al hoy son las que convierten en significativo lo que se enseña. He de reconocer que en aquella ocasión aprendí de Juan Luís una gran lección que mis maestros historiadores no estaban dispuestos en muchos casos realmente a asumir aunque pudieran cacarearlo sin asimilarlo: que el pasado sin el acicate del presente tiene bastante menos sentido. Cuando empecé a enseñar Historia de las Religiones desde una perspectiva generalista en mi actual universidad, La Laguna, hace ya tres lustros, a pesar del esfuerzo de todo tipo que requirió (resulta más cómodo hablar de las religiones de personas que murieron hace mucho tiempo y que no van a evidenciar nuestros desvaríos e ignorancia interpelándonos), me atreví a no desdeñar el presente e incluso hasta deambular por las incertidumbres de la prospectiva. Ha sido probablemente el tiempo mejor invertido, tanto por mis alumnos en su formación como por mí mismo puesto que ha multiplicado mis capacidades analíticas y en general de reflexividad.

Juan Luís me enseñó también, a pesar de las prevenciones que predicaban muchos de mis colegas y maestros historiadores, a respetar a la sociología, quizá porque su modo de enfocarla era tan poco sectario y tan abierto, que tendía puentes en vez de construir barreras a base de metalenguaje y golpes de estadísticas y cuantitativismos. Confirmaba lo que había visto y estudiado en mi reciente estancia francesa: era la época en que destellaba Bourdieu y en los centros en que pasaba mis horas resonaban modelos de trabajo en los que historia, sociología o antropología parecían designar análisis convergentes, como era el caso de la llamada "Escuela de París" (ya en estos momentos, por otra parte, en cierta recomposición). Me mostró que era posible esa heterodoxia disciplinar que tanto convenía a mi carácter y que me permitió fortalecer unas convicciones que rápidamente me dirigieron a desbordarme fuera del marco de la Historia Antigua (que en teoría hubiera debido de ser el corral del que no me hubiera debido de atrever a salir). Pero la Historia de las Religiones no sabe de límites, al ser un esfuerzo comparado (como lo es el de la Sociología o de la Antropología): intentar entender un ritual o un constructo imaginario no se puede hacer seriamente sin mirar hacia atrás y hacia adelante, hacia la Prehistoria y hacia la Modernidad, fuera de los límites tan eurocéntricos y

Miranda y la cátedra de Historia de las Religiones de la Universidad de Madrid: un proyecto truncado", *Bandue. Revista de la Sociedad Española de Ciencias de las Religiones* 1, 2007, pp. 83-133.

tan etnocéntricos que hacen del Mundo Antiguo un todo cerrado (y además ilusamente ejemplar, cuna fantasmagórica de “nuestra civilización” que nos permitía pensarnos diferentes de salvajes –como los prehistóricos, como los étnicos- y decadentes medievales y posteriores, construyendo por medio de las lenguas clásicas los bastiones desde los que formalizar la diferencia frente a quienes no las empleaban -bárbaros y colonizados- o lo hacían desde presupuestos alejados del modelo ejemplar marcado por “lo clásico” como edad dorada -la *infima latinitas* frente al latín ciceroniano-).

Haber dejado la universidad de Santiago no interrumpió mis encuentros con Juan Luís. Años después nuestra mutua afición por las religiones que estoy recordando en estas páginas nos llevó a desembocar, de modo “natural”, en la sociedad científica que en España intenta aunar a los colectivos interesados por el estudio de las religiones, la SECR (Sociedad Española de Ciencias de las Religiones)². Hemos convergido en diversos proyectos, como el de la revista de la SECR, *Bandue*, en cuyo comité académico “militamos” codo con codo y en cuyas páginas colaboramos ambos³. O en los congresos que han ido salpicando, cada dos años, la vida de la SECR, además con la perspectiva de futuro de que el del 2010 lo va a organizar Juan Luís en Santiago.

Pero dado que esta remembranza se centra específicamente en el tema de “enseñar religiones” incidiré un poco más en otro proyecto, que quince años después del primero, nos volvió a reunir. Formamos parte en 2006 de un grupo de profesores interesados en el tema de las religiones, provenientes de toda España, que intentamos llevar a cabo un diseño para un máster de Ciencias de las Religiones. Fue un momento en que, en medio de los vaivenes que han caracterizado la implantación de lo que se está llamando “la bolonización”, parecía que el Ministerio (entonces todavía de Educación) tenía la idea de promover libros blancos de los estudios de máster. Un grupo de interesados, desde el paraguas de la SECR, pensamos que podíamos hacer un buen diseño que el Ministerio aceptase y sirviese de guía para su implantación en general en España. Juan Luís fue uno de los promotores más entusiastas del asunto (de hecho partió de él el primer movimiento en este sentido). Tras las reuniones que nos llevaron a producir un diseño que satisfizo consensuadamente a las diversas sensibilidades presentes en el grupo, que era bastante extenso y en el que convivían los filólogos con los juristas y los historiadores con los antropólogos y por supuesto los sociólogos, esperamos pacientemente a que el Ministerio materializase lo que parecía una inminente convocatoria para la confección de libros blancos de máster y por tanto enfrascarnos en niveles de mayor detalle en el proyecto... Pero hasta hoy, nunca se ha hecho tal convocatoria. El universo del postgrado se ha dejado sin la menor directriz común por parte de los responsables ministeriales en la educación universitaria. “Bolonia” en estas circunstancias del “sálvese quien pueda” se convierte entonces en un proceso bastante imprevisible que no necesita que se piense más allá del nivel de cada universidad o como mucho de cada comunidad autónoma y donde la necesaria puesta en común consiste únicamente en un proceso de índole burocrática, en un control que más que hacerse desde los mecanismos del pensar compartido se configura desde los intelectualmente menos creativos y constructivos del verificar (que se proponen desde las agendas necesariamente parciales de las agencias de control). ¡Para qué entonces una reflexión común como la que intentamos desde la SECR!, se trataba de un esfuerzo demasiado poco burocrático para los tiempos que parece que corren en los que el tedio de las largas y reiteradas reuniones parece excusa para secar de raíz la creatividad...

2 Puede verse una presentación de la SECR en la que no falta (como no podía ser menos) la referencia a Juan Luís en Francisco Díez de Velasco "The History (Study) of Religions in Spain and the SECR (Sociedad Española de Ciencias de las Religiones / Spanish Association for the Sciences of Religions)" *Bandue, Revista de la Sociedad Española de Ciencias de las Religiones* 3, 2009.

3 Véase la página web de la revista: <http://www.secr.es/Bandue/>.

En resumen se ha tratado de otro intento truncado, como el primero con el que comenzaba estos recuerdos, pero que en esta ocasión hemos compartido solamente Juan Luís y yo, pues José Carlos Bermejo no nos ha acompañado. Quizá desilusionado por aquel informe desfavorable sobre la dotación de la cátedra de Historia de las Religiones y sus consecuencias, ha derivado sus esfuerzos en mayor medida hacia la teoría de la Historia que ha conllevado el abandono de su dedicación principal previa... En mi opinión la Historia de las Religiones ha perdido mucho con este asunto y no está de más reflexionar sobre la responsabilidad de quienes realizan informes supuestamente "expertos", ya que pueden truncar o entorpecer el desarrollo de una disciplina que, como en este caso, podría aportar mucho al panorama académico español (además de poner piedras en el camino de excelentes universitarios).

El estudio de las religiones es un campo disciplinar de gran complejidad, en el que la muy sana actitud de compartir y consensuar puntos de vista, dada la imprescindible interdisciplinariedad del tema, es una necesidad acuciante. Los cotos cerrados que son las universidades (quizá en mayor medida en las humanidades que en otras disciplinas) sometidas a agendas cada vez más locales y enredadas en una cacareada autonomía universitaria que en no pocas ocasiones no es más que subyugamiento a los intereses de los gobiernos autónomos, requieren colectivos que produzcan propuestas que tengan la valentía de superar la tendencia estructural a potenciar lo anti-universal (que es también lo anti-universitario) y que reviertan la fácil deriva hacia lo más rancieramente local habida cuenta que vivimos en un mundo en el que en estos asuntos se debería saber apostar por lo creativamente global. No haber podido llevar a buen término este proyecto de enseñanza de las religiones sin duda conllevará problemas, y quizá el mayor de ellos el de la perduración de la invisibilidad de la disciplina en nuestro país, que hubiera resultado lo contrario de haberse confeccionado un libro blanco de los estudios de máster en Ciencias de las Religiones.

Ambos proyectos truncados, de todos modos, sirven para poblar nuestras conversaciones mientras llegue el momento en que, en un tercer intento que será sin duda el de la vencida, podamos ver cómo se conforma en nuestro país esa enseñanza coherente, plural y pluridisciplinar de las religiones en todos los niveles educativos que tanta falta hace.